
Riva Agüero: Una teoría de la literatura peruana *

El *Carácter de la literatura del Perú independiente* (tras la nota de presentación de la tesis a las autoridades universitarias) empieza con las palabras: «Dos razas, aunque en diverso grado, han contribuido en el Perú a formar el tipo nacional: la española y la indígena» (5). Riva Agüero inicia la exposición con una de sus ideas fundamentales, la importancia del factor racial en la cultura peruana. Considera que los criollos son españoles disminuidos y que la raza indígena es inferior a la española:

La raza española trasplantada al Perú degeneró de sus caracteres en el criollismo. [...] La influencia debilitante del tibio y húmedo clima de la costa, núcleo de la cultura criolla, el prolongado cruzamiento y hasta la simple convivencia con las razas inferiores, india y negra, y el régimen colonial [...] produjo hombres indolentes y blandos; tales fueron los factores principales que determinaron esta transformación (8).

Durante la Emancipación se sublevaron contra el poder español los criollos y mestizos, educados en la cultura europea, «mientras la abyecta raza indígena permanecía indiferente a la contienda» (33). En otro lugar, Riva Agüero aclara aún más su parecer y traza un retrato racista del indio peruano que, con algunas variantes, es la imagen que suelen tener las castas dominadoras de los pueblos dominados:

El indio es rencoroso, aborrece al blanco y al mestizo con toda su alma; procura engañarles y perderles; si no les declara guerra franca es por cobardía. En él, como en todos los esclavos, fermentan odios mortales e inextinguibles (143).

Cabe señalar que Riva Agüero no conocía el quechua, y que cuando escribió su primer libro aún no había salido de Lima, donde por entonces la población indígena era muy reducida. Por lo demás, también se encuentran en el *Carácter...* algunos de los tópicos racistas sobre los negros. No sabemos que al presentarse la tesis o publicarse el libro nadie denunciara estos prejuicios. Desde luego no son propios de Riva Agüero, a quien siempre habrá que reconocerle el valor de decir en voz alta lo que muchos piensan pero prefieren no declarar en público, sino que reflejan una corriente racista que fluye, a veces subterráneamente, a lo largo de la historia peruana. Lejos de ser consideradas peligrosas patrañas, tales opiniones pasaban hacia 1905 por hechos indiscutibles, como lo señala el propio Riva Agüero tras comparar a los españoles con los criollos (estos últimos son, conforme a su psicología jerarquizada de los pueblos, «menos vigorosos y enteros»).

* Estas páginas forman parte de un trabajo más extenso sobre Riva Agüero como crítico literario y se refieren exclusivamente al *Carácter...* Cito por la primera edición: José de la Riva Agüero, *Carácter de la literatura del Perú independiente*, tesis para el bachillerato de Letras, Librería Francesa Científica Galland, E. Rosay editor, Lima, 1905.

Verdades son éstas tan de sentido común, y tan repetidas (o por lo menos tan *sentidas* por todos), que resultaría ocioso citar autoridades y hechos para comprobar lo que ya son lugares comunes de la psicología peruana (9).

Ciertamente, González Prada había calificado muchos años antes a los indígenas peruanos de «raza social», es decir, de grupo postergado a causa de una explotación secular a manos de otros grupos y no de una supuesta inferioridad congénita. Esta opinión seguía siendo minoritaria: el racismo estaba en el ambiente y matizaba la visión del Perú de nuestros intelectuales. En Riva Agüero se mezclaban seguramente los prejuicios de clase con sus lecturas juveniles de autores europeos de fines de siglo en los que el racismo es frecuente, Nietzsche entre ellos; esos «odios mortales e inextinguibles» que atribuye a los indígenas peruanos deben quizá su expresión literaria a la *Genealogía de la moral*. Por lo demás, Riva Agüero no aplica las tesis racistas con plena coherencia, puesto que admite posibles excepciones, si no en el caso de los peruanos, al menos cuando se trata de los españoles. España puede levantarse de su actual abatimiento:

¿Y quién se atreverá a hablar de irremediables inferioridades étnicas, cuando hemos visto resucitar a la raza griega y resurgir a Italia, que había caído en simas a las que España jamás ha descendido [...]? (268).

Hay que advertir, sin embargo, que estas ideas no tienen en el pensamiento de Riva Agüero el peso que podría atribuirles un lector desprevenido que se encontrara con ellas por primera vez. Riva Agüero repite los prejuicios del ambiente y de la época, errores tan generalizados que no los advierte como tales y los cree, ya lo hemos visto, verdades de sentido común que todos sienten. A pesar de las pretensiones científicas con que a veces se adorna, el racismo limeño es superficial y poco agresivo, quizá porque las clases altas no se sienten amenazadas, y puede muy bien conciliarse, aunque parezca contradictorio, con la simpatía por los indígenas o el interés por las culturas prehispánicas. Los prejuicios racistas pueden ocupar un lugar considerable en el planteamiento teórico del joven Riva Agüero, pero, por fortuna, los olvidará muchas veces en el ejercicio mismo de la crítica y la investigación histórica: pocos años más tarde no le impedirán, por ejemplo, renovar los estudios sobre el Inca Garcilaso.

Mayor importancia tienen en el *Carácter...* y en toda la obra de Riva Agüero ciertas ideas de psicología social, ahora también muy envejecidas, que aprendiera en la lectura de Taine. «La raíz de los grandes acontecimientos es siempre el carácter de un pueblo y la historia puede reducirse a la psicología» había escrito Taine en sus *Ensayos de crítica e historia*, y Riva Agüero, buen discípulo, suele reducir en su tesis la crítica literaria a elementos psicológicos. Su punto de partida es una definición de lo español y lo criollo en literatura. El tipo literario criollo es:

flexible, agudo; de imaginación viva pero templada; de inteligencia discursiva, pero rápida y lúcida, de representaciones claras; muy propenso a la frivolidad y a la burla; de expresión fácil, limpia y amena (10-11).

Ahora somos menos aficionados al juego de caracteres nacionales o locales, pero

en todo caso nos sentimos tentados de observar que esa definición del carácter peruano o criollo corresponde más bien al carácter limeño, y aun de cierto tipo de limeño, como lo reconoce el propio Riva Agüero cuando, en otra parte de su libro, señala que: «La amabilidad y el encanto del criollismo no han florecido sino en Lima, porque en Lima únicamente encontraron el medio adecuado para desarrollarse» (151). Las notas apuntadas convienen quizá a Caviedes, Segura y Palma [este último, llamado «el representante más genuino del carácter peruano» (129)], pero no a muchos otros de nuestros principales escritores, entre ellos el propio Riva Agüero, que nunca pareció muy propenso a la frivolidad y a la burla. El empeño desmedido por establecer a toda costa una definición del carácter nacional es frecuentísimo en autores peruanos de la época. Lo mismo puede decirse de otros lugares comunes en que cae Riva Agüero, como esas «singulares analogías» que descubre entre los criollos peruanos y los franceses (11; 236-239) y que se proponen también en los libros de García Calderón. En muchos países de América Latina se hacía por entonces el mismo descubrimiento, y no hay que ir muy lejos para encontrar las razones de tal coincidencia: quienes escribían esas opiniones tenían, en efecto, afinidades con los franceses y les encantaba tenerlas; dicho de otra manera, las burguesías latinoamericanas de comienzos de siglo, sobre todo en sus medios literarios, eran muy afrancesadas. Esas sesudas investigaciones psicológicas, esas comparaciones, esas definiciones de cualidades esenciales, tipos literarios nacionales, caracteres dominantes de las razas, los pueblos y las literaturas son uno de los aspectos del *Carácter...* que peor han resistido al tiempo. Todavía no falta quien afirme que lo criollo, lo peruano o lo americano es esto y no lo otro, pero esa manera de pensar ha perdido mucho de su interés; no es tanto que discrepemos de las conclusiones de Riva Agüero, sino que, lo que es más grave, no creemos que el terreno de discusión esté bien elegido, sus problemas nos parecen falsos problemas.

Además del genio de la raza que cree tan evidente —y a nosotros nos parece un tema tan inasible y sobre todo tan inútil— piensa Riva Agüero que existen otros dos factores que explican el carácter de una literatura: la imitación y la individualidad artística. La segunda la irá apreciando a medida que trate de los diversos autores; de la primera volverá a ocuparse más largamente en las conclusiones, y en un comienzo se limita a observar que:

Las sociedades inferiores, débiles y jóvenes, viven casi por completo en la imitación de las sociedades poderosas y adelantadas. La originalidad (sobre todo la literaria) es allí rara. La literatura en el Perú ha debido ser, pues, principalmente *imitativa*; y por la imitación se explica en gran parte. Cuando en el Perú se ha pensado y se ha escrito es reflejo de lo que en otras partes se escribía y se pensaba (13).

Esto no va muy lejos y nos gustaría saber en qué consiste la inferioridad, debilidad y juventud de las sociedades. Si el ejercicio de la literatura, como de toda actividad, está vinculado a la organización de una sociedad y a su relación con otras sociedades, valdría la pena estudiar los factores sociales, económicos y políticos de la literatura peruana, lo cual nos llevaría muy lejos de las explicaciones psicológicas a la manera de Taine. Riva Agüero no lo hace, se limita a decir, por ejemplo, que «la literatura

colonial fue y debía ser exacta imitación de la española» (14), pero no se pregunta las razones de ello ni examina las características del fenómeno colonial en el campo de la cultura. La verdad es que el joven Riva Agüero siente muy poca afición por la literatura de la colonia y aun por la época colonial:

¿A qué se reduce, pues, la literatura colonial? A sermones y versos igualmente infestados por el gongorismo y por bajas adulaciones, y a la vasta pero indigesta erudición de León Pinelo, Espinosa Medrano, Menacho, Llano Zapata, Bermúdez de la Torre, Peralta y Bravo de Lagunas: literatura vacía y ceremoniosa, hinchada y áulica, literatura chinesca y bizantina, a la vez caduca e infantil, con todos los defectos de la niñez y de la decrepitud, interesante para el bibliófilo y el historiador, pero inútil y repulsiva para el artista y el poeta. La excepción única que puede hacerse es para con el agudo satírico Juan del Valle y Caviedes (15).

Tiene interés recordarlo, puesto que José Carlos Mariátegui, en sus *7 ensayos...* presenta al Riva Agüero del *Carácter...* como un ardiente defensor de todo lo colonial. No es así, pero, como veremos más adelante, al desinterés por lo colonial se une un hispanismo fervoroso que será el elemento decisivo de su teoría de la literatura peruana.

La primera consecuencia que Riva Agüero deduce de su estudio es que la literatura peruana forma parte de la castellana. No se trata, en realidad, de una consecuencia, aunque el autor la presente como tal, sino de un punto de partida, de una formulación *a priori*:

La literatura peruana forma parte de la castellana. Esta es verdad inconcusa, desde que la lengua que hablamos y de que se sirven nuestros literatos es la castellana. La literatura del Perú, a partir de la Conquista, es *literatura castellana provincial*, ni más ni menos que la de las islas Canarias o la de Aragón o Murcia, por ejemplo, puesto que nada tiene que ver con la literatura, la dependencia o independencia política de la región donde se cultiva. La lengua constituye el único criterio, y no meramente exterior, como podría creerse, puesto que implica *la forma*, que es de importancia capital en el arte, y de ordinario también (como entre nosotros) la influencia directa de la imitación y todo aquel heredado conjunto de reglas, procedimientos y direcciones que se denomina *tradición literaria* (220).

Si Riva Agüero quería destacar la importancia de la lengua en la literatura no hacía sino recordar lo indiscutible. Va más allá y niega la existencia de una literatura nacional peruana, que sólo puede ser una literatura castellana provincial, al igual que las literaturas de los demás países hispanoamericanos. Podría decirse que el concepto es de alcance puramente teórico, puesto que, a fin de cuentas, lo que el lector tiene entre las manos es un libro dedicado a esa literatura nacional que carece de existencia propia. Sin embargo, el problema no es tan sencillo y reclama algunas observaciones. La teoría está fundada en una confusión entre la literatura castellana y la literatura escrita en castellano, que no son la misma cosa. Si se acepta, como quiere Riva Agüero, que el idioma es el único criterio para definir una literatura, podemos convenir en que existe una literatura escrita en español (que abarca la literatura castellana y las literaturas hispanoamericanas), pero no comprendemos cómo se llega a la conclusión de que existen una literatura castellana y varias literaturas provinciales. ¿De dónde viene la idea de *provincialidad*, si el propio Riva Agüero piensa que no hay relación alguna entre la literatura y la dependencia o independencia política de la región en que ésta se cultiva? El idioma tuvo su origen en Castilla, pero ahora pertenece por igual a España y a los países hispanoamericanos, a la antigua metrópoli

y a las antiguas colonias; en todos estos países se habla y escribe el español con la misma autoridad y el mismo derecho. El error de Riva Agüero no es sólo teórico, sino que tiene consecuencias en la práctica. En efecto, si como él cree existen una literatura castellana y varias literaturas provinciales (a menos que pensara, lo que no parece el caso, que también la literatura de Castilla es una literatura provincial, que sólo existen literaturas provinciales en pie de igualdad y ninguna central) es natural que de la periferia miremos hacia el centro, que nos sometamos a la influencia preponderante de la literatura castellana, lo cual —como pronto veremos— es lo que aconsejaba Riva Agüero, en perfecto acuerdo consigo mismo. En cambio, si no existen una literatura central y varias provinciales, sino solamente una literatura escrita en español, conformada por todas las literaturas nacionales de los países que hablan el mismo idioma, no cabe pensar en una influencia dominante, o bien esta influencia será ocasional y cambiará a medida que se desarrolle la literatura en los distintos centros. No se trata de una mera cuestión de nomenclatura. Sin duda, Riva Agüero tiene razón en integrar la literatura peruana en la tradición del idioma, pero se equivoca precisamente por no deducir las consecuencias del criterio lingüístico que ha propuesto. El carácter central que asigna a la literatura castellana es ajeno a este criterio. Considerar que el centro inamovible de la cultura se halla en Europa es una ilusión de la modestia o el complejo de inferioridad de los americanos, frecuente a comienzos de siglo. Hay que reconocer que entonces el error era más explicable, pues aunque había terminado la época colonial, las literaturas hispanoamericanas seguían siendo, en gran medida, imitación de la castellana. Esto es cierto de la literatura peruana —Pardo y Palma, Salaverry y Luis Benjamín Cisneros imitan todos en mayor o menor grado a los autores españoles—, pero no lo es tanto de otras literaturas hispanoamericanas. Por desgracia, Riva Agüero, buen lector de la literatura española y de la peruana, no parece haberse interesado mucho por las demás literaturas del continente: en todo caso, es claro que no había meditado en la importancia que revestían para la tradición común escritores como Martí o Sarmiento. Más aún, al escribir el *Carácter...*, Riva Agüero debería haber advertido, si no lo hubiese cegado su antipatía por el modernismo, que con Rubén Darío, gran maestro de la lengua, se invertía la tendencia tradicional, los españoles se convertían en deudores de los hispanoamericanos y la influencia se ejercía desde América y sobre la literatura castellana. El criterio del idioma hubiese sido entonces un instrumento crítico útil y no un pretexto para profesiones de fe hispanista.

No se puede negar al joven Riva Agüero el valor de las propias ideas: puesto que la lengua era el único criterio que permitía definir una literatura nacional, concluyó briosamente que las literaturas escritas en francés en Bélgica y Suiza son parte de la literatura francesa, la literatura brasileña es parte de la literatura portuguesa y la literatura norteamericana, parte de la literatura inglesa. Esto bastaría para probar los límites de sus teorías, pero Riva Agüero no se detiene aquí. Llevado por el furor teórico afirmará que los Estados Unidos no poseen una literatura original y que

sus poetas y prosistas (notabilísimos algunos, como Poe, Longfellow, Bryant, Irving, Emerson y Prescott) son enteramente europeos de educación y tendencias; son ingleses nacidos por casualidad al otro lado del Atlántico (243).

No es raro que estas extravagancias pasaran inadvertidas por esos años en que Rodó inventaba en el *Ariel* una versión de los Estados Unidos para acto seguido deshacerla con sus críticas. Los juicios de Riva Agüero pueden figurar junto a los de Rodó en la nutrida colección de errores y desencuentros entre los Estados Unidos y América Latina: lo único que demuestran es que conocía poco y mal la literatura norteamericana, quizá si a través de revistas francesas, y ésta es una de las pocas ocasiones en que se le descubre en flagrante delito de hablar de lo que no sabe. En el ejemplar del *Carácter...*, que corrigió de su puño y letra años después, con miras a una segunda edición, añadió el nombre de Whitman a su lista de autores norteamericanos. ¡Whitman, «un inglés nacido por error al otro lado del Atlántico»! Peor que peor.

Naturalmente, prosigue Riva Agüero, la literatura peruana no sólo es española por el idioma, sino también por el espíritu y los sentimientos que la animan. Los peruanos, al menos aquellos que cuentan para la producción literaria, son muy semejantes a los españoles. Sin embargo, nos acercamos cada vez más a Europa: «El Perú se *extranjeriza* y tiene que *extranjerizarse*» (223). Esto significa que estamos perdiendo el sello español y nos dedicamos a imitar cada vez más a otros países europeos, sobre todo a Francia. En ello puede haber mucho de provechoso y hasta de necesario, puesto que conviene proceder a la ruptura con los ideales políticos, filosóficos y religiosos de España (en el *Carácter...* el joven Riva Agüero se había proclamado anticlerical), pero es preciso evitar la ruptura con los ideales literarios. Es curioso que Riva Agüero use la expresión *extranjerizarse* para decir que el Perú deja de parecerse a un país extranjero (España), aunque sea para seguir a otro país extranjero (Francia). Una vez más incurre en el más frecuente de sus errores, tomar a una de las partes por el todo, confundir al Perú con su propia clase. Es cierto que, a fines del siglo pasado, la burguesía limeña era seguramente de costumbres muy españolas: los criollos —no el Perú entero, aunque sí uno de sus sectores más influyentes— seguían siendo, en gran medida, españoles provincianos o coloniales. Es natural, sin embargo, que a partir de la Independencia fuesen dejando gradualmente de serlo, no sólo por la acción de nuevas influencias europeas, sino por la distinta evolución de las formas sociales en el Perú y en España. El afrancesamiento que tanto irritaba a Riva Agüero es uno de los aspectos de este cambio y puede sorprendernos que le diera tanta importancia, que tuviera que pensar el Perú en términos de España y de Francia, con una mentalidad que no hay más remedio que llamar colonial y para la cual los elementos de la cultura están siempre en otra parte.

Riva Agüero piensa que más vale acabar con el mito de nuestra riqueza literaria. La literatura peruana es incipiente y, al igual que en las demás literaturas hispanoamericanas, predomina en ella la imitación sobre la originalidad. Es verdad que existen tres posibilidades de americanismo en literatura: para el americanismo histórico la época precolombina parece muy lejana, aunque merece la pena tratar asuntos de la conquista y la colonia; el americanismo regional da muestras de un agotamiento inevitable, por ejemplo en nuestros criollos y en los escritores gauchescos de la Argentina; por último, el americanismo descriptivo, en que se retrata la naturaleza americana, es el único aceptable sin ninguna clase de restricciones. Todas estas ideas tienen escasa relación con la crítica y conforman una especie de preceptiva inútil. La

literatura americana no está obligada a ser americanista y puede emplear esas fórmulas y cualquier otra. Por lo demás, Riva Agüero pasa revista a las tres formas de americanismo, de las que tanto se habló el siglo pasado, pero no tarda en exponer el tema que realmente le interesa: en última instancia, los hispanoamericanos somos incapaces de originalidad y estamos condenados a la imitación:

La gran originalidad, la verdadera originalidad, dimana siempre de un ideal. Pues bien: los hispanoamericanos no tienen ni han tenido ideal propio y probablemente no lo tendrán en mucho tiempo. Los ideales que nos dirigen e iluminan vienen del extranjero. Nos faltan a los hispanoamericanos para ser capaces de engendrar un fecundo ideal colectivo, homogeneidad étnica, confianza en nuestras fuerzas, vida intelectual intensa y concentrada y hasta desarrollo social y económico; en resumen, todas las condiciones indispensables para que el ideal aparezca y tome arraigo y consistencia. Hay que reconocer nuestra subordinación al ideal europeo o al angloamericano, subordinación forzosa y no sólo pretérita y presente, sino futura; por consiguiente, hay que reconocer que en la literatura de la América Latina, sobre el elemento original, cubriéndolo y como ahogándolo, se levantará de continuo el elemento de la imitación extranjera (230).

Esta es una de las páginas centrales del *Carácter...* La claridad de la prosa oculta, sin embargo, cierta confusión, que aparece en cuanto se trata de precisar las ideas. Riva Agüero no define lo que es la originalidad, si una cualidad de los pueblos, una característica de las obras literarias o ambas cosas. Tampoco sabemos lo que es ese ideal propio sin el cual no hay originalidad posible, si equivale a una personalidad nacional, si es un vago proyecto común, una organización social o un tipo de vida: en ningún caso se advierte por qué haya de negarse *a priori* su existencia en los países latinoamericanos. Que los países europeos parecieran a comienzos de siglo culturas más ricas y definidas que sus antiguas posesiones (sobre todo, si se entendía por cultura la vida de las ciudades, es decir, el sector más limitado y también el más europeizado de los países americanos) es innegable, aunque en ello podía verse, en gran medida, la consecuencia del hecho colonial. Que estuviéramos condenados a seguir imitando eternamente a los europeos, como lo sugiere Riva Agüero, ya no es tan claro. El joven escritor parece haberse contagiado del etnocentrismo de sus maestros, escritores europeos convencidos de habitar el centro del mundo, reaccionarios de talento como Taine o de éxito pasajero como Tarde, el teórico de la imitación. Justamente, la imitación es un concepto fundamental en el pensamiento de Riva Agüero sobre la literatura peruana, y es posible hacerle la misma crítica a la que Tarde no logró responder: el concepto de imitación no se define de manera precisa, la imitación acaba por ser muchas, demasiadas cosas a la vez. Riva Agüero aceptó las enseñanzas de sus maestros con honradez y entusiasmo que son, valga la expresión gastada, dignos de mejor causa. Concluyó necesariamente en la imposibilidad de una literatura peruana —o hispanoamericana— original, en una especie de suicidio simbólico de nuestra cultura promovido por el furor teórico. Por desgracia para él, la teoría de la imitación no pasaba de ser una simple moda, más efímera y superficial que otros emblecos franceses que Riva Agüero denunciaba en sus paisanos. En literatura, la imitación no tiene mayor importancia si no es como punto de partida de una asimilación que hace posible una creación original. Predecir la futura originalidad o

falta de originalidad de una literatura, no sólo es difícil, sino también enteramente vano: lo original suele ser lo imprevisible. Más vale desconfiar de las teorías —sobre todo, de las que se proyectan al futuro—, y atenerse a las obras, pero este consejo se perdía en Riva Agüero, a quien (al igual que muchos críticos de antes y de ahora) en la literatura le interesaba menos lo literario que lo ideológico. En todo caso, para comprobar la mediocridad de la literatura peruana del siglo pasado, no hace falta recurrir a la metafísica de la imitación. El austero pesimismo de Riva Agüero, tan opuesto al utopismo y al mesianismo tan frecuentes en los latinoamericanos cuando hablan de América Latina, podía defenderse de cara al siglo diecinueve, pero lo que va del siglo veinte, es posible decirlo sin exagerar, no le ha dado la razón.

Ahora esperaríamos que Riva Agüero desarrollase la teoría de la literatura peruana que está implícita en sus conclusiones: que explicara las razones profundas de la falta de ideal que nos condena a la imitación; que mostrara cómo se ha manifestado esa imitación en la historia literaria: lo que va, por ejemplo, del Inca Garcilaso —¿un mero imitador de los modelos europeos?— a los escritores republicanos que acaba de estudiar; que, tras señalar los factores psicológicos que tanto le interesaban, condescendiese quizá a estudiar otros, de carácter material —como la organización de la sociedad, el analfabetismo de las masas, las fallas de la instrucción pública, la carencia de una industria editorial—, y discutiese las perspectivas en tal sentido. Más vale no caer en el error tan común de reescribir la obra que se comenta, pero, en este caso, es posible apuntar que las páginas iniciales y las conclusiones del *Carácter...*, contienen un esbozo de teoría de la literatura peruana que está lejos de quedar terminado cuando, de pronto, Riva Agüero lo deja de lado. Las últimas páginas tratan de las influencias europeas en el Perú y proponen algunas soluciones para nuestra regeneración.

Los primeros años del siglo fueron el momento de mayor influencia francesa en el Perú o, al menos, en los medios intelectuales limeños. Buena muestra de ello es el *Carácter...* en el que Riva Agüero, gran lector de autores franceses, critica los excesos del afrancesamiento. Naturalmente, reconoce la importancia de la cultura francesa y hasta incurre en algunos de los lugares comunes que, por entonces, se repetían en todas las capitales latinoamericanas: «Francia es la Grecia moderna y París la nueva Atenas, el foco más principal y luminoso de la Civilización y el Arte» (236). Más interés que sus elogios tienen sus críticas, porque Riva Agüero apunta a ciertas tendencias recientes de la literatura francesa, pero, en realidad, dispara contra el modernismo, que entonces se imponía en el Perú con años de retraso en comparación con otros países latinoamericanos. Conviene, pues, aconseja Riva Agüero, matizar la influencia de Francia con la de otros países europeos. Tras pasarles revista encuentra que tenemos mucho que aprender de los alemanes, todavía más de los ingleses, que nos pueden aportar «en una palabra, *espíritu práctico*» (241) de los italianos y hasta de los norteamericanos, puesto que, si bien carecen, como hemos visto, de literatura original, poseen un ideal propio que es (otro lugar común) «*el americanismo, la vida intensa*» (242).

Es extraña esta idea de Riva Agüero de que se puede elegir tanto el país del cual deben importarse influencias como aquellas que deben aceptarse con exclusión de las

demás, sin tener en cuenta que, aparte de las afinidades reales o supuestas, la simple presión de factores materiales, sobre todo económicos, pesa más que todos los razonamientos. Para comprobarlo, basta pensar un instante como, en los años que median entre el *Carácter...* y nosotros, la influencia francesa ha perdido mucho terreno ante la de los Estados Unidos, y no ciertamente porque los peruanos, que nos parecíamos mucho a los franceses —según los autores del Novecientos—, nos hayamos descubierto una súbita semejanza con los norteamericanos. Aquí tocamos otra vez una de las tendencias de Riva Agüero que más lo alejan de nosotros, su indiferencia ante los factores sociales y económicos.

Frente a la modernidad, que consiste primordialmente en la imitación de los europeos, afirma Riva Agüero la necesidad de la tradición. En primer lugar, hemos de «conservar el legado de la tradición española» (245). La expresión pone de relieve el aspecto estático, inamovible de la tradición en el pensamiento de Riva Agüero: un *legado* que es preciso *conservar*, y no algo vivo, cambiante, que cada generación debe ganar por sí misma, elección que consciente o inconscientemente hacemos entre las posibilidades que nos ofrece el pasado. Riva Agüero ve la tradición como opuesta a la modernidad y a la originalidad, no como una condición indispensable de lo original y lo moderno. Hay que decir que por entonces la palabra misma, recogida por Ricardo Palma en el título de sus *Tradiciones peruanas* pasaba por significar el juego con dudosas antigüedades, la amable falsificación de la historia; todavía no falta entre nosotros quien cree que lo tradicional es, por excelencia, el *pastiche*, el llamado «estilo colonial». Riva Agüero no cayó en estos excesos; su visión de la tradición era más estricta y exclusiva, más española y menos criolla. Comienza por rechazar la idea de una tradición fundada en vínculos políticos con España, así como en su filosofía o en la religión católica (ya hemos visto que era por entonces anticlerical; años después renegaría de estas opiniones). Quiere que conservemos de España «el carácter honrado, caballeresco y viril que es lo esencial de la nacionalidad» (249). Con estas palabras, parece postular la identidad y no sólo la semejanza entre españoles y peruanos y, al mismo tiempo, una teoría voluntarista del carácter nacional, como si persuadidos por sus argumentos los peruanos pudieran promover las cualidades más recomendables de su hipotético temperamento y deshacerse de las demás. En fin, no se alcanza a ver claramente qué relación tiene todo esto con la literatura. Conservemos la lengua, dice Riva Agüero, y no habrá nadie que lo contradiga. Mantengamos la tradición literaria, añade, y se embarca en una definición muy vaga como es «la forma interna del pensamiento» (249) antes de citar los nombres de varios escritores españoles —y en su lista no hay un solo nombre latinoamericano— en quienes creía advertir el espíritu tradicional. Una vez más confunde el todo, es decir, el idioma y la literatura del idioma, con la parte, el idioma que se habla en España y la literatura castellana.

Quiere Riva Agüero que entre nosotros se lea más a los clásicos españoles, cuya lectura «es cosa rarísima en el Perú» (252) (el dato es interesante y hubiera valido la pena insistir en él), y en esto no habrá quien le niegue la razón. También son inobjetables las propuestas de que se lea más a los clásicos de otras literaturas y se estudie a los clásicos latinos, aunque deja de lado a los griegos por una razón práctica,

la falta de estudios helenistas en nuestro medio. De paso, deja caer una dura observación, que en gran medida sigue siendo justa:

Confesémoslo para vergüenza nuestra: en la América Latina abundan gentes que aplican a las cuestiones artísticas el criterio de los sastres y modistos: no se entusiasman, sino por el último patrón o figurín literario y juzgan que es inútil enterarse de lo demás (254).

Riva Agüero pasa con excesiva rapidez sobre lo que debiera ser uno de los temas fundamentales de su exposición. Aunque no lo haya expresado claramente, parece haber tenido la intuición de que nuestra tradición literaria es o puede ser plural: junto a la tradición del idioma (que, como hemos visto, prefiere atribuir sólo a la literatura castellana y no a todas las literaturas escritas en español), ha pensado en algún momento en otra más amplia que abarca las literaturas clásicas y modernas, aunque en este caso no se valga del término «tradición». Es posible, aunque él no lo haya hecho, imaginar la tradición como una serie de círculos concéntricos que no se excluyen mutuamente. Acierta Riva Agüero cuando insiste en el lugar preponderante de la literatura del idioma, pero también las demás pueden asimilarse. Hay que decir *pueden* asimilarse, ya que son una herencia que debe reclamarse y no un legado, recibido de una vez por todas, que sólo es necesario conservar. Hasta la tradición más íntima, la del propio país y la propia lengua, puede debilitarse y perderse si, como él lo denuncia, se descuida el trato con los clásicos.

No es seguro que Riva Agüero hubiese aceptado todas estas consecuencias deducidas de sus ideas. Por su parte, prefirió detenerse en la enseñanza del latín y el griego, que ya no es un problema de literatura, sino de instrucción pública. Riva Agüero está de acuerdo con la reciente supresión de la enseñanza del latín en las escuelas, pero, cree que es preciso imponerlo en la Facultad de Letras (la enseñanza del griego sería mucho pedir, y prefiere no hacerse ilusiones). Esto le sirve para emprender una nueva digresión sobre la necesidad de dar en el Perú una orientación práctica a los estudios. La Facultad de Letras debe reservarse a la formación de maestros y de una estricta minoría de aficionados; en general, han de fomentarse las vocaciones de carácter práctico y utilitario. Riva Agüero se acerca aquí a su contemporáneo Manuel Vicente Villarán y critica de paso a quienes se oponen a esa orientación, encuentra peligroso el idealismo que propone Rodó en el *Ariel* a los jóvenes latinoamericanos. Sólo la educación práctica, junto con el fomento de los valores europeos, puede salvarnos del inminente imperialismo norteamericano. Si no nos salvamos, si desaparecen las culturas hispanoamericanas, siempre quedará España, «vivirá la antigua cepa» (267). Terminamos en pleno vuelo lírico, en una declaración «vibrante» (para usar un adjetivo de época) de hispanismo.

LUIS LOAYZA

43 *Moise Duboule*

1209 *GÉNÈVE (Suiza)*